

HOMENAJE A ARTURO TORRES-RIOSECO\* (1897-1971)

POR

ALFREDO A. ROGGIANO  
*University of Pittsburgh*

Arturo Torres-Rioseco, a quien Gabriela Mistral<sup>1</sup> llamó justamente “el chileno universal”, nació en Talca el 17 de octubre de 1897. Fueron sus padres Domingo Torres y Juana Rioseco, ambos chilenos. En su ciudad natal pasó su infancia y su adolescencia. En 1909 ingresó en el Liceo de Talca, donde cursó los grados de la enseñanza media, hasta 1915. Ese año fue a Santiago, se inscribió en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y obtuvo el título de Profesor de Estado en 1918. Ya por entonces le urgían preferencias literarias, que nuestro autor refiere en “Despertar de poesía”.<sup>2</sup>

El año 1918 parece haber sido decisivo para el rumbo de su vida y su destino de escritor y maestro. Designado traductor del Comité de Información Pública del gobierno norteamericano, viajó a Nueva York, donde permaneció poco más de un año, lapso en el que también hizo sus primeras armas periodísticas como redactor del diario *La Prensa*. En la capital norteamericana se vinculó al grupo de la “Poetry Society”, en donde se reunían artistas, políticos y hombres de letras de la América inglesa y la española.<sup>3</sup> Allí conoció a dos destacados voceros del modernismo: Amado Nervo y José Juan Tablada, y al ya notable crítico e historiador de la cultura de la América hispánica, el dominicano Pedro Henríquez Ureña.<sup>4</sup> Fueron tiempos de bohemia, sin duda, pero también de contactos bien aprovechados y experiencias vitales que pasaron a formar el fondo lírico y la expresión poética de su primer libro de versos: *En el encantamiento*, editado por García Monge en San José de Costa Rica en 1921. Con un prólogo auspicioso de Roberto Brenes Mesén (y posteriores juicios laudatorios de Federico de Onís),<sup>5</sup> el joven poeta empieza a abrirse

---

\* El 3 de noviembre de 1971 falleció en California el profesor y crítico chileno Arturo Torres Rioseco, uno de los fundadores del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y ex-director de nuestra Revista. Por su decidida participación en la vida de nuestro Instituto y en la continuidad de sus publicaciones, es de rigor que la *Revista Iberoamericana* le rinda este postrero homenaje con páginas de su actual director.

<sup>1</sup> Gabriela Mistral, “Sobre el chileno Torres Rioseco”, en *La Nueva Democracia* (New York, junio de 1945), pp. 10-12. Aparece como prólogo a *Cautiverio* (México: Studium, 1955).

<sup>2</sup> Véase Arturo Torres Rioseco, *La hebra en la aguja* (México: Editorial Cultura, 1965), pp. 85-88.

<sup>3</sup> *La hebra ...*, pp. 59-61.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 31-34.

<sup>5</sup> Federico de Onís, “Arturo Torres Rioseco”, en *Boletín del Instituto de las Españas* (New York, 1933, 111, Núm. 9). Recogido en Federico de Onís, *España en América* (Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1955), pp. 667-668.

camino entre las múltiples dificultades que por aquellas calendas debían sortear los hispanoamericanos llegados a los Estados Unidos. Puede decirse que, desde ese momento, la biografía de Arturo Torres-Rioseco no será otra cosa que el registro de una voluntad puesta al servicio de una vocación, cumplida con el fervor de un apostolado. Estudiante, profesor, creador, autor de textos escolares, traductor, crítico, historiador y difusor de nuestras letras, concurren por igual a cimentar el prestigio de una vida consagrada totalmente al servicio espiritual e imponderable de las relaciones interamericanas. Al poeta lo hemos situado en un estudio que mereció la aprobación generosa del propio Torres-Rioseco.<sup>6</sup> Para tener una imagen completa del creador sería preciso que hiciéramos también una adecuada apreciación de sus cuentos. Pero, dada la índole del homenaje que ahora publicamos, nos parece más oportuno concentrar nuestra atención en aquellos aspectos que mejor lo destacan en su labor específicamente intelectual. Nos referiremos, pues, al profesor hispanoamericano en Norteamérica y como complemento de esa función docente o fuera de ella, al difusor, al historiador y al crítico de nuestras letras.

#### ESTUDIANTE, PROFESOR Y MAESTRO

En *Relatos chilenos*, ante todo libro confesional, se puede seguir el itinerario del protagonista como trasfondo biográfico del autor. Le acompañamos desde su mocedad de Talca hasta sus primeras experiencias de Nueva York. El protagonista de uno de dichos relatos obtiene un puesto en la Columbia University, pero no podríamos asegurar que eso no sea parte de la ficción narrativa. El propio Torres-Rioseco nos ha comunicado que durante el año académico de 1920-1921 enseñó en el Williams College y que, por esa razón, vivió en New England. Y en las páginas evocativas que dedica a Pedro Henríquez Ureña nos informa que, en 1921, por recomendación del profesor J. D. M. Ford, fue designado instructor en la Universidad de Minnesota. Ese año se trasladó a Minneapolis, ciudad donde encontró un excelente departamento de lenguas y literaturas romances, cuya sección española respiraba el alto clima intelectual y de humana simpatía que había creado, en buena parte, el maestro dominicano.<sup>7</sup> Como es costumbre en las universidades norteamericanas, al mismo tiempo que el instructor enseñaba español y daba sus primeros cursos de literatura hispanoamericana, también estudiaba las disciplinas reglamentarias para obtener los dos títulos superiores de la carrera académica: el "Master" (licenciatura), en 1924, y el doctorado, en 1931. La tesis doctoral versó sobre *Rubén Darío, casticismo y americanismo; estudio precedido de la biografía del poeta*, documentada y brillante refutación a la tesis sobre las influencias francesas en la obra de Rubén Darío, sostenida en la Universidad de París por el profesor norteamericano E. K. Mapes.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> Alfredo A. Roggiano, "Arturo Torres-Rioseco ante la poesía y la crítica literaria", en *El Nacional* (México, Núm. 805, 2 de septiembre de 1962), p. 3; cfr. *Revista Iberoamericana*, Núm. 54 (1962), pp. 422-427.

<sup>7</sup> Alfredo A. Roggiano, "Introducción". *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos* (México: Editorial Cultura, 1961). Introducción.

<sup>8</sup> Nos referimos al libro de Mapes *L'influence française dans l'oeuvre de Rubén Darío* (Paris: Champion, 1925). Véase también: Alfredo A. Roggiano, "Erwin Kempton Mapes", en *Hispania* (XLIV, Núm. 3, septiembre de 1961), pp. 461-464; cfr. *Revista Iberoamericana*, Núm. 51 (1961), pp. 137-146.

Cuando Torres Rioseco llegó a la Universidad de Minnesota apenas si contaba en su haber literario con un libro de poemas. Pero ni el estudiante ni el profesor defraudaron a su ilustre recomendante. Un registro de sobresalientes notas y de varias obras de crítica, investigación y textos de enseñanza así lo demuestran: *Walt Whitman* (1922), *Precursores del modernismo* (1925), *José Ingenieros* (1926), *Chilean Short Stories* (1929) y *Poemas inéditos de Fr. Manuel de Navarrete* (1929). Destacamos la segunda de estas obras, difundida desde Madrid por los renombrados talleres de Calpe un año después de la conocida antología modernista de Alfred Coester<sup>9</sup> y nueve años antes de la muy famosa de Federico de Onís,<sup>10</sup> porque en aquellas “Palabras iniciales” de hace ya unos cincuenta años —nuestro autor tenía entonces 27 de edad—, hallamos una clara visión del panorama de nuestra América, un método a seguir y principios de apreciación que se convertirán en constantes de su actitud crítica, como veremos más adelante. Este libro, básico como guía, selección de valores y síntesis de ordenamiento inicial de las novedades modernistas, fue completado posteriormente con una antología de los poetas del movimiento,<sup>11</sup> y en muchos aspectos, superado por nuevos estudios del mismo Torres-Rioseco. Aparte la discusión, siempre actual, de si los poetas allí tratados son los “precursores” o los verdaderos “iniciadores” del modernismo,<sup>12</sup> la percepción crítica, la juiciosa selección antológica y la claridad expositiva dieron a don Arturo —como se le llamó con respetuoso afecto— un lugar destacado entre los estudiosos de nuestra poesía finisecular. La suerte del profesor sudamericano en los Estados Unidos estaba echada y su carrera universitaria no podía ser otra que la de una sucesión de triunfos y posiciones cada vez más encumbradas.

Preciso será dar noticia del progresivo ascenso en el escalafón académico y otras posiciones administrativas y culturales para las que fue designado, no porque creamos que los cargos de jerarquía deban aducirse para aquilatar méritos, como suele ocurrir con ciertos figurones de aquí y de allá, sino porque, en este caso, la prueba de su capacidad ha ido determinando, sin excepciones, el reconocimiento y los derechos para ocupar esos puestos y desempeñar las altas funciones para las que fue llamado. Bien sabemos cuáles son las exigencias de las universidades norteamericanas para que un profesor —y más si es extranjero— pueda profesar en sus aulas. Conviene insistir en estos requisitos de competencia, sin política y objetivamente probada, para que algún día puedan servir de norma a quienes tengan en sus manos la responsabilidad de la educación en nuestras desquiciadas repúblicas. Torres-Rioseco, como antes Pedro Henríquez Ureña y ahora tantos profesores hispanoamericanos en Estados Unidos, puede servir de ejemplo aleccionador: el de una vida de esfuerzos, sacrificios y laboriosidad sin descansos, de conducta inquebrantable y de ajuste ideal para preservar lo nuestro, salvar la esencial condición humana y entregar el saber sin violar torpemente el ámbito que lo recibe, pero

---

<sup>9</sup> Alfred Coester. *An Anthology of the Modernist Movement in Spanish America* (Boston: Ginn, [1924]).

<sup>10</sup> Federico de Onís, *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)* (Madrid: Hernando, 1934).

<sup>11</sup> Arturo Torres-Rioseco, *Antología de poetas precursores del modernismo* (Washington: Unión Panamericana, 1949).

<sup>12</sup> Véase la polémica Iván Schulman-Boyd G. Carter en *Revista Iberoamericana*, Números 54 y 57.

también sin claudicaciones de principios, causa y fin de lo auténtico, lo sincero y lo potente.

Como ya vimos, la recomendación de un gran hispanista norteamericano hizo posible el ingreso del joven chileno como estudiante y profesor de la Universidad de Minnesota, prestigiada por uno de los mejores departamentos de lenguas y literaturas romances de los Estados Unidos. Pedro Henríquez Ureña terminaba allí su doctorado, confiaba al maestro Ramón Menéndez Pidal la publicación de su tesis y era llamado por José Vasconcelos, Ministro de Educación de México, para colaborar con él en la reforma de la Universidad y en la creación de la Escuela de Altos Estudios, base de la actual Facultad de Filosofía y Letras del país hermano. En 1922, Torres-Rioseco, continuador de Pedro Henríquez Ureña en los cursos de Minnesota, fue invitado por el humanista dominicano para enseñar en la Escuela de Verano, recientemente establecida en la capital azteca. Allí intimó con algunos de los forjadores del pensamiento moderno de México y de Hispanoamérica, como los ya citados Vasconcelos y Henríquez Ureña, además de Antonio Caso, entre los mayores. Y allí compartió con tales personalidades la presencia humana y el genio poético de Gabriela Mistral, junto a otras figuras líricas de primer rango en nuestro parnaso, como Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet y Salvador Novo. Vuelto a Minnesota y adquirido su título de doctor en 1924, Torres Rioseco pasó a la Universidad de Texas como profesor asociado, en 1925. En el verano de 1927 va como profesor visitante a la Universidad de Columbia, en Nueva York, donde Federico de Onís organizó el mejor Instituto Hispánico del mundo. En 1928 se incorporó como profesor asociado a la Universidad de California, en Berkeley, donde fue ascendido al rango máximo de profesor en 1936, a jefe del Departamento de Español y Portugués en 1956-1960 y donde se jubiló en la cátedra de Literatura hispanoamericana.

Además de estos puestos, que jalonan la carrera regular en la docencia de todo buen profesor, Torres-Rioseco ha honrado con su enseñanza a las siguientes universidades y colegios de Estados Unidos y de Iberoamérica: Universidad Autónoma de México (1930), Universidad de Stanford (1931), Universidades de Columbia y Colorado (1939), Bryn Mawr College (1940), Universidad Central de Chile (1941), Mills College (1943). Casa del Estudiante de Río de Janeiro (1944), Duke University (1945), Universidad de Guatemala (1946), Universidad de New Mexico (1950), otra vez la Universidad de Colorado (1951), Universidad de Guadalajara (1960), Universidad de Washington (1961) y Emory University (1962).

Fuera de la cátedra, como proyección o no de ella, también observamos un registro de actividades sobresalientes: Presidente del Instituto Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana durante el bienio de 1943-1945, y por segunda vez, de 1953 a 1955, ahora llamado Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Ha sido Director literario de su órgano oficial, la *Revista Iberoamericana*, en varias oportunidades, en una de ellas, de 1957 a 1959 tuve el gusto de compartir dichas funciones en mi carácter de Director-Editor. Asimismo ha actuado como Co-Director de la *Revista de Estudios Hispánicos*, hoy *Revista Hispánica Moderna*, como redactor de ésta, de *Books Abroad*, de la *Enciclopedia Americana* y de la *Collier's Encyclopedia*. Artículos, notas y reseñas de Torres-Rioseco se han publicado en las mejores revistas y suplementos de diarios dedicados a la difusión de nuestras letras.

Torres-Rioseco ha viajado extensamente por Europa y América. Unido ideológica y emocionalmente a la causa de la República española, nos ha dejado testimonio de su amor hacia la Madre Patria en un *Canto a España viva* (México, 1941). En 1933 visitó la Argentina, donde se vinculó a Leopoldo Lugones y otras altas figuras del mundo cultural rioplatense, sobre las cuales escribió sus impresiones y publicó artículos siempre consultables. Para sus viajes de estudio contó con el apoyo económico de instituciones como la Guggenheim Foundation (1932), la Rockefeller Foundation (1943) y la American Philosophical Society (1961).

Otras distinciones galardonan su *curriculum vitae*: en 1945 fue designado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos en el cargo de “Adviser” (asesor) de su Sección Española en la ONU; el Gobierno de Chile lo nombró su representante oficial a la celebración de los homenajes a José Toribio Medina, realizados en Washington en 1952; la Universidad de Columbia lo invitó a la celebración de su bicentenario en 1954; la misma Universidad lo recibió como Huésped de Honor en 1959; la misma distinción le acordó el Gobierno de Puerto Rico en 1957. En ambas oportunidades tuve el honor de compartir funciones del Instituto internacional de Literatura Iberoamericana en invitaciones de igual aunque inmerecido rango. El Gobierno de Panamá lo condecoró con la Orden de Vasco Núñez de Balboa en 1946. Finalmente, cabe recordar que Torres-Rioseco es miembro de prestigiosas sociedades y academias de Estados Unidos y de Hispanoamérica, como la American Association of University Professors, la Modern Language Association of America, la American Society for Aesthetics, el Harvard Council on Spanish American Studies, el Ateneo de Washington, la Hispanic Society, la Academia Mexicana de la Lengua y la Academia de la Lengua de Panamá.

Para dar una idea completa de la labor educacional de este pionero de nuestra cultura en el continente habría que enumerar también una serie de ediciones de textos, propios y ajenos, con introducciones, notas y vocabularios, que desde hace años se vienen usando en universidades y colegios para la enseñanza del español y la literatura de los países hispánicos. Antologías, cartillas, bibliografías, historias literarias, etc. forman parte fundamental de esta noble y nunca bien estimada misión. Pero la obra escrita no lo dice todo. El verdadero maestro se prolonga en la palabra hablada, en la actitud generosa de ayuda y consejo, en el gesto diario de comunicación sin reticencias. Y en todo caso la solidaridad que se prodiga como virtud natural, puesta la fe en los alumnos y el amor en un ideal de bien y de belleza. Porque Torres-Rioseco nada tiene que ver con esos profesores rutinarios que se ciñen estrechamente a las horas de clase y no salen de los límites específicos de su cátedra o a lo sumo del recinto, siempre limitado, de los claustros universitarios. No. Su acción de educador rebasa la esfera de la lección cotidiana y se proyecta en una contaminación de saber y simpatía cuya expansión no podríamos calcular ni siquiera con sólo contar el número de sus discípulos que hoy esparcen lo que han podido recibir de su espíritu bondadoso en centenares de instituciones de alta enseñanza. Y, lo que es más, la relación directa de profesor y alumno en la ayuda diaria y en la dirección de tesis, no queda en la entrega de su saber y otras imponderables nociones que penetran y enriquecen, corrigen, encaminan y moldean la condición humana del educando, sino que no se detiene hasta hallarle una colocación en posiciones docentes o en las páginas de una revista. ¡A cuántos no ha ayudado Torres-Rioseco! ¡Quién que haya estado cerca de él

puede decir que no ha sido beneficiario de su noble influencia! Cartas, recomendaciones, llamadas telefónicas, propuestas, notas en revistas las hay a montones en la vida íntima y en la vigilancia académica de este propulsor desinteresado, de este hombre de bien que inspira y le abre caminos a la juventud ansiosa, sonríe al ingrato y perdona al maligno. He ahí su gloria de maestro, su seguridad sin empaques, su familiar reserva de afectos, su sencillez espontánea frente a la clase numerosa, donde expone con rigor lo esencial y necesario, o en la conversación casual, entre bromas y veras y siempre salpicada de chistes, de jovialidad fraterna.

De lo que acabamos de decir del hombre y del educador parece obvio que la apreciación personal debe arribar a alguna conclusión pedagógica. Para quienes la hemos aprendido directamente del amigo paternal no resulta difícil ni se hace imprescindible la formulación expresa. Pero están los otros y a ellos sí que hay que hacérsela bien visible. Me serviré para este fin —y vaya aquí mi satisfacción de argentino— de los conceptos con que Torres-Rioseco perfila, deduciéndola de *Don Segundo Sombra*, lo que él considera que “podría llamarse Gauchismo y filosofía”: una enseñanza “que versara sobre la seguridad y la confianza en la vida, que tratara de la armonía entre las limitaciones y las ambiciones humanas”, a lo que debería agregarse —según afirma— lo que denomina “Gauchismo y pedagogía”: “un ensayo que estudiara la formación y el desarrollo del carácter” [...] “Un ensayo así —comenta— podría revolucionar la pedagogía contemporánea que insiste en atiborrar la mente del estudiante de pseudo-ciencia, información pedantesca y verdades a medias, olvidando esa armonía del conocimiento, la moral y el carácter que nos legara la cultura humanista”.<sup>13</sup> Nada más y nada menos, y que así sea para bien y en salvaguardia de los que vendrán.

#### EL CRÍTICO E HISTORIADOR DE NUESTRAS LETRAS

En este aspecto la producción de Torres-Rioseco comprende libros que abarcan todo el panorama de la literatura de Iberoamérica,<sup>14</sup> períodos, épocas o movimientos, siguiendo la evolución de un género, un tema, un estilo o corrientes de ideas,<sup>15</sup> la historia literaria

<sup>13</sup> “Don Segundo Sombra”, en *Ensayos sobre literatura latinoamericana* (University of California Press, 1953), p. 118. Este es el volumen primero de una serie de dos publicaciones bajo ese título. Al referirnos a este volumen, citaremos en lo sucesivo así: *Ensayos*, I, más la página correspondiente. Al referirnos al que contiene la “Segunda Serie” (University of California Press, 1958), citaremos: *Ensayos*, II, más la paginación.

<sup>14</sup> *The Epic of Latin American Literature* (New York-London: Oxford University Press, 1943; 49, edición: University of California Press, 1959); *La gran literatura iberoamericana* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1945); *Nueva historia de la gran literatura iberoamericana* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1960); *Antología de la literatura hispanoamericana* (New York: F. S. Crofts and Co., 1939; reimpresiones en 1941 y 1961).

<sup>15</sup> *La novela en la América hispana* (University of California Press, 1939); *Grandes novelistas de la América hispana* [2 vols.] (University of California Press, 1941; 1943); *Mexican Short Stories* (New York: Prentice-Hall, 1932); *Antología escolar de la poesía mexicana* [con Juan B. Rael] (Guadalajara: Librería Printania, 1960); *Aspects of Spanish American Literature* (Seattle: University of Washington Press, 1963), etc.

de un país,<sup>16</sup> estudios y notas sobre un autor, un libro, un aspecto sobresaliente de nuestra cultura y sus relaciones con otras.<sup>17</sup> Dentro de esta variedad no cuenta la dispersión, porque un pensamiento unitivo preside lo que Manuel Olgúin<sup>18</sup> considera como las “categorías críticas” de Arturo Torres-Rioseco y sobre las cuales se asientan sus juicios de valor. Cuáles son esas categorías, los conceptos que del creador y del crítico tiene Torres-Rioseco y cómo los aplica a nuestras letras es lo que trataremos de esbozar a continuación.

En “El deber del crítico literario”<sup>19</sup> hallamos, en parte, esos conceptos sobre el creador y el crítico cuando, a propósito de la poesía de Pablo Neruda y de sus apologistas o detractores, establece: “Un alto poeta tiene la obligación de mantenerse puro y de no corromper su talento por una razón social”.<sup>20</sup> Se refiere, claro está, al “criterio político” que empaña “el mérito entrañable” de la alta poesía nerudiana. Usamos a propósito el adjetivo “alta”, porque Torres-Rioseco, al preguntarse por el “deseo de Neruda de escribir para la gente iletrada” (al que considera “criterio burgués”), propone: “La solución no es darle poesía popular, fácil, de inmediata comprensión sino educarla para que entienda la poesía artística” (*ibid.*). Tal afirmación apunta, tanto al sentido que Torres-Rioseco tiene de la creación poética y de la crítica y sus funciones, como a las categorías estéticas a que se refiere Olgúin, a saber: a) *el interés social*; b) *la honradez artística, o sea la sinceridad en el arte*. Torres-Rioseco puntualiza: “Las dos categorías se funden en una al ser aplicadas a la literatura de nuestro continente”.<sup>21</sup> Es decir, utilizadas como principios de una crítica literaria. De ahí que se empiece por el “deber” de esa crítica, o sea, por determinar cuál es su función. Dice Torres-Rioseco, después de anotar los medios por los cuales puede desvirtuarse un valor artístico:

El deber de la crítica es establecer valores. Es ésta una tarea ingrata, con recompensa a largo plazo. El crítico tiene la obligación de descubrir al escritor auténtico, de poner de relieve sus méritos, de alentarlos y de orientarlos, de velar por la honradez artística, de destruir los mitos y fraudes literarios. El crítico hispanoamericano tiene el supremo deber de mantenerse en posición independiente, de oír sólo la voz de su cultura, de su inteligencia y de su sensibilidad. Desgraciadamente la mayoría de nuestros críticos hacen todo lo contrario: son sectarios, personalistas, apasionados, o rutinarios, acomodaticios y aduladores.

Repito que el crítico de nuestra América debe concebir su profesión como un magisterio.<sup>22</sup>

Resulta obvio que en ese “magisterio” el crítico no puede definirse simplemente por el ejercicio de “su profesión”, sino por la “obligación de descubrir al escritor auténtico”,

<sup>16</sup> *Breve historia de la literatura chilena* (México: Studium, 1956).

<sup>17</sup> *New World Literature* (University of California Press, 1949); “El humorismo en la literatura hispanoamericana”; “La huella de Quintana en la literatura hispanoamericana”; “Sobre el origen del estilo modernista”, etc.

<sup>18</sup> Manuel Olgúin, “Categorías críticas de Arturo Torres-Rioseco”, en *Revista Iberoamericana*, Núm. 24 (1947), pp. 309-315.

<sup>19</sup> *La hebra ...*, pp. 135 ss.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 138.

<sup>21</sup> En *Ensayos ...*, I, p. 87.

<sup>22</sup> *La hebra ...*, p. 138.

etc. Torres-Rioseco no señala métodos para tal o cual tipo de crítica, sino los requisitos que se deben exigir a un crítico para que su crítica pueda tener alguna validez, y son: posición independiente, sensibilidad, inteligencia, cultura: todo esto, ¡nada menos!, administrado con sinceridad, valentía, sin sectarismos, para “velar por la honradez artística”. Por donde el “magisterio” de la crítica, al “establecer valores”, se convierte, al parecer, en militancia docente, aunque más no sea para “poner de relieve los méritos” de un escritor, para “alentarlo” y “orientarlo”. Se explica, así, por qué en la crítica practicada por Arturo Torres-Rioseco la función “descubridora” y la función “orientadora” son, en esencia, condiciones *sine qua non* de la “honradez artística” (o “sinceridad en el arte”), como acaecer de la individualidad creadora, y de su validez para los demás como expresión que implica el “interés social”. Y como Torres-Rioseco no es solamente un *historiador* de nuestras letras sino un escritor que también ha dado pruebas de ser un *creador*, ambas cualidades se unen en un constante esfuerzo de doble finalidad: 1) entrar en la génesis del acto poético, las condiciones según las cuales “se realiza” —digamos así— un escritor y la naturaleza misma del fenómeno literario; y 2) sus resultados: la obra literaria, no sólo como “obra representativa”, es decir, como producto de un creador en su circunstancia, sino como posibilidad o logro que permite ser estimada de acuerdo con un orden de valores universales y permanentes. Como se ve, todo un plan que rebasa los límites de lo específicamente literario y que se enfrenta nada menos que con el problema de nuestra cultura: la cultura hispanoamericana, su propia existencia, tantas veces puesta en duda cuando no totalmente negada. Por aquí empieza nuestro crítico, como veremos enseguida.

De que Torres-Rioseco admite la existencia de una literatura hispanoamericana no hay ninguna duda. El título de su obra capital así nos lo hace creer: *La gran literatura iberoamericana* (Buenos Aires, 1945); *Nueva historia de la gran literatura iberoamericana* (Buenos Aires, 1960). En el “Prefacio” a la primera edición —suprimido en la última— leemos:

La literatura de América Latina está entrando en su Edad de Oro. Los días de simple imitación han pasado; los escritores hispanoamericanos y brasileños han comprendido que sólo una conciencia arraigada en la tierra podía salvarlos de las corrientes de pensamiento artificial y superficial. Han descubierto su verdadero continente en el reino del espíritu, y están creando nuevos valores en este reino. Pero no han olvidado su ascendencia europea, su tradición clásica. Por este motivo, la literatura de Hispano-América posee el acendrado realismo de la literatura española sin ser española; tiene la elegancia de los modelos franceses, pero no es francesa; tiene un horizonte cosmopolita, pero retiene el sabor de su propia tierra. Es hora, pues, de intentar la definición y el estudio de esta vasta producción literaria, etc. [suprimimos la afirmación final, porque ya no tiene vigencia].

Y en el sentido más amplio de la cultura, recordando a pensadores como André Siegfried<sup>23</sup> o en “Mi respuesta a Giovanni Papini”,<sup>24</sup> no sólo afirma que no somos mero “reflejo de la cultura europea” y que “nos negamos a aceptar este papel de espectros”, sino que “hemos establecido ... una gloriosa tradición cultural, tan rica como la de cualquier

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> *Ensayos ...*, II, pp. 138-142.



país de Europa y superior a la de muchos de ellos”. En base a esta convicción, Torres Rioseco emprende la “definición y el estudio” de nuestras letras y de nuestra cultura. Veamos.

Ante todo, Torres-Rioseco parte del origen europeo de nuestra tradición cultural; y de Europa, como es lógico, lo hispánico está primero. Pero ya se ha visto: tradición española, sin ser españoles, como más tarde, tradición francesa, sin ser franceses. Y si en algún momento parece negar la presencia fundamental de la herencia indígena,<sup>25</sup> y hasta proclama que es un defensor fanático del hispanoamericanismo literario,<sup>26</sup> agota toda su erudición para mostrarnos el “Teatro indígena de México”<sup>27</sup> y para asegurarnos que precisamente porque “los españoles encontraron en el Nuevo Mundo grandes civilizaciones (Maya, Inca y Azteca), no sorprenderá que el proceso de hibridación haya sido inmediato y total. Como resultado, una nueva sensibilidad, una nueva cultura, un hombre nuevo apareció en la América española.<sup>28</sup> Inclusive admite como “verdad definitiva” que “España se indoamericaniza”.<sup>29</sup> De modo que cuando Torres-Rioseco dice que “somos un continente sin raíces” o que “los hispanoamericanos no constituimos una raza”,<sup>30</sup> debemos interpretarlo con otras afirmaciones suyas: la de que “no conocemos nuestra propia realidad”, por exceso de atención a lo foráneo; porque “no procedemos por evolución, por crecimiento interno, sino por adquisición inmediata de valores venidos de fuera”,<sup>31</sup> a través de lo que ocurre en las culturas asiáticas, y en cierto modo, en las europeas, donde se sigue “un proceso biológico de evolución articulado y metódico, un desarrollo natural de causa a efecto”. Por eso en Hispanoamérica “se yuxtaponen todos los valores, todos los niveles culturales” y “vamos alterando nuestra personalidad racial sin llegar a definirla y sin que nuestra voluntad racial intervenga en este proceso”.<sup>32</sup> Resultado: la imitación, el pastiche, el arte y la cultura falsificados. Pero esto, claro, no ha ocurrido siempre. Inclusive se puede hablar de una “geografía racial” como determinación de una “geografía cultural y artística”,<sup>33</sup> como lo prueban los casos de Perú y México, donde ha sido y es “un deber espiritual” partir de lo indígena, mientras que en Argentina y Uruguay hacer lo mismo “no sería sino una falsa actitud de autoctonismo fingido”. La solución del problema de nuestra cultura —y del arte que en ella se crea— dependerá, por tanto, de la diversa circunstancia y de la actitud que el artista asuma frente a ella para encontrar su propia realidad. Y aquí está la clave de la doctrina poética de Torres-Rioseco, la razón de ser de sus categorías literarias fundamentales: la *sinceridad artística* y el *interés social*, cuya integración darán la *autenticidad* de nuestra cultura y de nuestro arte y la validez de nuestra crítica literaria.

<sup>25</sup> “... el alma indígena apenas si entró en el mestizaje” (*Ensayos ...*, I, p. 185; “... somos un continente sin raíces”, *Ibid.*, p. 88).

<sup>26</sup> *Ensayos ...*, I, p. 188. Por lo demás, el hispanismo y el americanismo quedan bien definidos en su tesis sobre Rubén Darío.

<sup>27</sup> *Ensayos ...*, p. 7-25.

<sup>28</sup> *Ensayos ...*, II, p. 109.

<sup>29</sup> *Ensayos ...*, I, p. 185.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>31</sup> *Ibid.*

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 186.

Los detalles de esta doctrina están expuestos en el capítulo sobre las “Categorías literarias” de la primera serie de sus *Ensayos sobre literatura latinoamericana*, que podrán completarse con otros del mismo libro (el cap. XIII, por ejemplo) o de la segunda serie, como los cuatro estudios que se agrupan bajo el título de “Temas culturales” en *La hebra era la aguja* (pp. 109-142). Aquí sólo resumiremos las *conclusiones*. Y son:

Verdad es que nuestra cultura se ha hecho a saltos, por yuxtaposición y sin esa necesaria relación de causa a efecto de las grandes culturas mundiales; pero no hay que pensar, como cree Humberto Palza, que “el único señor de su naturaleza es el indio porque se ha mantenido en contacto constante con la tierra”, y que con devolverlo a ella ya está resuelto el problema de nuestra cultura. La respuesta de Torres-Rioseco, dada a Palza y a Papini, es la siguiente: “es error fundamental juzgar la cultura de un continente desligada de su economía y de su política”. “... nuestra economía y nuestra política son las causas principales de nuestro retraso cultural y el no tomarlas en cuenta nos incapacita para llegar a conclusiones justas”. Porque de la libertad económica y de la libertad política depende la independencia del hombre, sea creador o no; de esa independencia su sinceridad; de esa sinceridad su honestidad; de esa honestidad su autenticidad; de esa autenticidad la verdadera creación de un arte, una cultura, una realidad propia. Torres-Rioseco, empapado tanto de la cultura hispanoamericana como de la norteamericana —a las que ha comparado en diversas oportunidades, a fin de salvar la dicotomía irreductible de la tesis de Rodó, empieza por aceptar todos los progresos de la técnica moderna, porque así evitamos de “quedarnos a la zaga de los pueblos industrializados”, quienes nos invadirán (¡si lo sabremos!) para explotarnos en nuestros propios dominios y nos quitarán la poca independencia que todavía nos queda. Pero no olvida que en este mundo lo primero es el hombre, y el hombre como unidad espiritual, que la cultura es la dominación de la naturaleza y de la técnica precisamente por esa unidad espiritual del hombre. De acuerdo con el uso que el hombre haga de la naturaleza y de la técnica que se le ponga a su alcance podrá encontrar o no su propia realidad. Pero tampoco la tarea termina con el hallazgo o conocimiento de esa realidad para que tengamos arte propio. Verdad que “sin realidad, sin el sentimiento del mundo objetivo nos falta un factor fundamental en la obra de creación”. Pero el creador, el poeta debe tener también una conciencia clara de la transmutación de esa realidad en poesía: “El primer paso en el proceso creador es observar la realidad como experiencia objetiva; pero el artista no debe detenerse aquí; su deber es penetrar ese mundo objetivo e interpretar el sentido trascendental de las cosas para llegar por fin a ese sentimiento de unidad que podría denominarse misticismo poético”. Para resumir, dice: “El poeta debe observar la realidad; debe penetrar y comprender esa realidad y mientras más preparado esté para interpretarla mejor será poeta. Finalmente, de estas experiencias concretas nos dará un mundo trascendental por medio de correspondencias, alegorías y símbolos. Los materiales externos, las cosas, están al alcance de todos, pero únicamente el artista los puede convertir en valores estéticos”.<sup>34</sup> Seguir este camino ¿no es el que siguieron Vallejo, Asturias, Carpentier, Borges, Neruda, etc.? será encontrar nuestras soluciones con un criterio realista, “forma de sistema —dice, coincidiendo con M. A. Asturias— que yo creo típicamente americana”. En fin: que lo primero es ir a lo nuestro

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 91-92.

y andar con lo nuestro, porque nadie conoce ni maneja nada mejor que las cosas propias, que “el mejor expositor del hombre americano [de la verdad, de la realidad americana] debe ser el hombre americano”. Esta es la lección mayor de Torres-Rioseco. Y por ella le estamos agradecidos. Su muerte, acaecida tras una larga y penosa enfermedad, priva a las letras y cultura de Hispanoamérica de uno sus más activos y eficaces difusores.

Enero de 1972

Volumen XXXVIII

Enero-Marzo 1972

Número 78